

Los marcianos de

LUIS ALFONSO GÁMEZ

“Me gustaría hacer notar que las recientes misiones *Martiner* y *Viking* han demostrado más allá de toda duda razonable la existencia de una civilización marciana con un muy alto nivel tecnológico. Camuflar completamente, en un periodo de muy pocos años, el sistema planetario de canales es en sí mismo un extraordinario logro de ingeniería. Pero lo superan hazañas científicas como a) predecir los lugares de aterrizaje de las *Viking* y b) descontaminar las zonas implicadas tan minuciosamente que haya sido eliminado todo rastro de materia orgánica. Comprendo que los célebres expertos *Erich von Däniken* y *Charles Berlitz* estén ahora compitiendo por presentar estas sensacionales conclusiones al mundo”. Cuando hace veinte años leí estas líneas de un afamado divulgador científico y autor de ciencia ficción, me sorprendieron; aunque no tanto como lo último que ha caído en mis manos de *Antonio Ribera* (Barcelona, 1920).

Entronizado en el Olimpo de la ufología hispana desde que publicó *El gran enigma de los platillos volantes* en 1966, los numerosos dislates de Ribera han sido sistemáticamente ignorados por quienes se consideran sus discípulos. El *maestro* tiene bula para afirmar que Ezequiel vio una nave extraterrestre, que alienígenas del planeta Ummo llevan varias décadas entre nosotros, que en la prehistoria se disparaban balas, que hay doce regiones misteriosas como el triángulo de las Bermudas, que somos el producto de un experimento genético alienígena y que fue abducido por extraterrestres en su más tierna infancia.

Si cualquiera de esas cosas la sostiene, por ejemplo, Juan José Benítez, la *ufología seria* no duda en calificarle de sensacionalista. Pero, a Ribera, no. Nada de eso se le echa en cara. Así, uno de los patronos de la Fundación Anomalía, que aglutina a los representantes de la *ufología crítica española*, considera que *Abducción* (1998), el enésimo libro en el que vuelve a contar las mismas historias –plagadas de medias verdades– de siempre sobre humanos secuestrados por extraterrestres, es un “interesante estudio, muy recomendable para iniciarse en la comprensión de este controvertido asunto”. Esa misma manga ancha hará que un muro de silencio se levante ante las últimas, por ahora, palabras del *pionero de los ovnis en España* centradas en una obsesión marciana que le viene de antiguo.

Antonio Ribera ha defendido desde hace décadas la idea de que los ovnis proceden de Marte y de que las épocas de mayor número de observaciones –de *oleadas*, en jerga platillista– se corresponden con las de mayor proximidad entre el planeta rojo y la Tierra. La teoría la formuló por primera vez el ufólogo gallego Óscar Rey Brea en 1954, pero el autor catalán la asumió como propia y acabó convirtiéndose en su principal abanderado.

El tiempo ha demostrado que las oleadas de ovnis no tienen nada que ver con la distancia que separa a Marte

de nuestro planeta, y que tampoco hay ni ha habido una civilización marciana como la que defendían hace medio siglo Ribera y otros ufólogos de su generación. Claro que eso no ha servido para que el *maestro* despierte de la ensoñación en la que se sumió a mediados de la pasada centuria. Es más, tras la lectura del último libro de Graham Hancock, el Von Däniken de los años noventa, Ribera ha ahondado en su particular sueño de la razón.



JPL/NASA

Antonio Ribera

EL ENIGMA DE CLAVIUS

Así, en el artículo que firma en el número de marzo de la revista *Karma.7*¹, recuerda un episodio que uno creía perdido en el baúl de los recuerdos y que contó por primera vez en *El gran enigma de los platillos volantes*. En 1965, Ribera se sorprendió ante una imagen del planeta rojo tomada por la *Mariner 4*. La foto correspondía al cráter Mariner, de 151 kilómetros de diámetro y situado en las in-

mediaciones de la fosa Sirenum, en el hemisferio sur marciano. “Yo había visto con anterioridad aquella imagen. Luego recordé cuándo y dónde: en un atlas de Astronomía, y representaba el gran circo Clavius, de la Luna”, recuerda. El ufólogo pidió entonces a Josep M. Oliver, presidente hoy en día de la Agrupación Astronómica de Sabadell, que le ayudará a realizar un estudio comparativo de ambos paisajes. Fruto de esa colaboración fue un texto en el que destacaban la extraordinaria similitud entre el cráter lunar y el marciano. La comunicación que Ribera y Oliver presentaron en la Segunda Semana Astronáutica Nacional, celebrada en Barcelona en 1966, concluye desechando que estemos ante una simple coincidencia: “Abrigamos la viva sospecha de que no es éste el caso, y de que la explicación es muy otra, incluso descartando la hipótesis –inadmisible– de fraude. Quizás únicamente el envío de astronaves tripuladas a Marte consiga resolver el misterio. Pues misterio hay”.

¿Lo hay?

Ribera sostiene todavía que sí. “Hallamos –escribe más de tres décadas des-

pués en *Karma.7* respecto a las similitudes entre ambos paisajes– nada menos que 32 concordancias, lo cual quería decir que sólo había una posibilidad de concordancia entre 2.128 (seguida de 56 ceros) agrupamientos posibles de dichas características topográficas”. Quizá tenga en mente la tercera de las posibles explicaciones que le dio en una carta Aimé Michel, el *patriarca de la ufología francesa*: que alguien “se divirtió reproduciendo sobre un astro el paisaje de otro astro”. Y no hace falta que precisemos quién es ese *alguien*: píntenlo de verde, pónganle antenas y móntenlo en un utilitario volante con forma de platillo.

La verdad no es algo que vaya a estropear un buen misterio al padre de la ufología española

Pero ¿qué piensa, y pensaba en la época, Josep M. Oliver, a quien el ufólogo ibérico pone poco menos que como avalista de la autenticidad del misterio? “Mi opinión sobre la similitud entre las dos fotografías es ahora la misma que entonces: una curiosa casualidad, y nada más”, me indicó el presidente de la Agrupación Astronómica de Sabadell el pasado 8 de marzo. Oliver añadió que su participación en el estudio “consistió en realizar los dibujos, ya que profesionalmente soy diseñador gráfico e ilustrador”, que considera el parecido entre ambos paisajes algo “curioso” y que, además de no compartir la tesis de su amigo Ribera, el cálculo de probabilidades –que corrió a cargo de una tercera persona– “es erróneo, ya que está mal planteado”. Así pues, de misterio nada.

Como no tiene nada de enigmático el hecho de que muchas expediciones a Marte se hayan saldado en sonados fracasos. De las treinta misiones enviadas al planeta rojo desde 1960, menos de un tercio puede considerarse un éxito, recordaba recientemente Ed Weiler, administrador adjunto para Ciencias del Espacio de la NASA. Sinceramente, si hay algo que a muchos nos sorprende es la capacidad del ser humano para enviar un ingenio producto de su tecnología hasta un mundo que se encuentra, en el mejor de los casos, a más de 55 millones de kilómetros de la Tierra.

A Ribera, sin embargo, le sorprende lo contrario. “Marte es el planeta que ha suprimido más sondas rusas o americanas enviadas a su superficie o sus satélites”, dice. Como prueba de esa malévolos intencionalidad del vecino planeta, de esa perseverancia marciana por frustrar los intentos de exploración humana, cita el caso de la *Fobos 2*, “*destruida* mientras procesaba imágenes de Fobos. La última imagen que envió a la base fue la de una enorme y desconcertante sombra elíptica, de varios kilómetros de longitud, sobre la superficie marciana”. Ceba así el falso



El cráter lunar Clavius.



El cráter Mariner, en Marte.

JPL/NSA

misterio de que la sonda fue derribada por una nave extraterrestre a la que correspondería la sombra, que en realidad es una deformada del satélite Fobos, como explicó en su momento Alexandr Selivanov, uno de los científicos del proyecto.

Me queda la duda –espero que Ribera nos la aclare algún día– de si también esa civilización fue la autora de la figura de la rana Gustavo de la región de Alba Patera

Pero, claro, la verdad no es algo que vaya a estropear un buen misterio al *padre de la ufología española*, que, para su penúltimo golpe de efecto, recurre a *El misterio de Marte* (1998), libro de Graham Hancock, a quien presenta como un “gran divulgador científico americano”. Se trata, obviamente, de un curioso *americano*, ya que Hancock nació en Edimburgo (Escocia), pasó parte de su infancia en India y luego regresó al Reino Unido, donde vive en la actualidad. Respecto a su categoría como divulgador científico, también hay quien piensa que *Campo de batalla: la Tierra* –el engendro de John Travolta a mayor gloria del sectario L. Ronald Hubbard– es una gran película.

¿SOMOS MARCIANOS?

Ribera asume, siguiendo la estela de autor americano, que “hace unos 10.000 años parece ser que tres gigantescos asteroides colisionaron con una cara de Marte, lo cual provocó una verdadera catástrofe cósmica”. A partir de ahí, monta una película increíble con el fin de que encajen en un mismo *puzzle* todas las piezas imaginadas por los autores pseudocientíficos sobre el planeta rojo. Nos dice que, hasta ese momento, Marte había sido un mundo con “una abundante vida entre la que se contaba una vida *humana*” que construyó, entre otras cosas, la esfinge y las pi-

rámides de Cydonia, monumentos que desaparecieron misteriosamente cuando la *Mars Global Surveyor* cartografió la región. Me queda la duda –espero que Ribera nos la aclare algún día– de si también esa civilización fue la autora de la figura de la rana Gustavo de la región de Alba Patera, una imagen sobrecogedora que daría la razón a quienes defienden desde hace décadas la existencia de pequeños marcianos verdes.

El ufólogo catalán cree que sus imaginados vecinos del planeta rojo vieron venir la cósmica pedrada y se prepararon para poner pies en polvorosa. Dice que “crearon grandes refugios subterráneos, que permitieron a una minoría sobrevivir... y trasladarse más tarde al planeta azul”. A juicio de Ribera, “esto podría explicar” los orígenes de la civilización egipcia, que “parece *importada*, según me comentó un día Thor Heyerdahl”, el mismo aventurero nórdico que ahora promociona un fraudulento parque arqueológico en Tenerife –el de las *pirámides de Güímar*– argumentando que los monumentos piramidales de ambos lados del Atlántico datan de la misma época. Es una pena que los neandertales desaparecieran antes de la pretendida llegada de los marcianos, porque, si no, Ribera podía culpar a los emigrantes alienígenas de su extinción.

Asteroides, extraterrestres, catástrofes cósmicas, desapariciones misteriosas de sondas-robot, migraciones interplanetarias... Que lo que diga responda o no a la realidad es, desde hace décadas, lo de menos para el considerado *padre de la ufología española* (así se explica por qué le ha salido esa *hija* como le ha salido).

Sin embargo, por si no era bastante con las fantasías marcianas, Ribera añade al final de su columna: “¿Sabe el lector que en estos mismos momentos un asteroide, llamado Eros, del tamaño de la isla de Menorca, se dirige *en rumbo de colisión* hacia la Tierra?”. Sobrecogedor, ¿verdad? ¿Lo sabía usted? Yo no. Pero tampoco me preocupa. Se trata sólo de una falsedad más en una página repleta de ellas. Por ahora, no seguiremos los pasos de los dinosaurios. Eros, en el que el 12 de febrero se posó la sonda *Near-Shoemaker* –si decimos *atterizó, alunizó y amartizó*, ¿no habría que decir en este caso *erotizó?*–, no va a chocar contra nuestro planeta. Quizás a Ribera se lo hayan contado los marcianos o quizá con esta página de *Karma*.⁷ haya querido tomar el pelo a sus lectores.

Como Arthur C. Clarke cuando en 1978 publicó, como carta al director en *The Skeptical Inquirer*, la chanza sobre Marte y las sondas robot Mariner y Viking reproducida al principio de estas líneas. Años después de la broma del autor de *2001, una odisea del espacio*, Enrique de Vicente esgrimió ante mí la misiva de Clarke como prueba de que el padre de HAL 9000 creía en una cuasi todopoderosa civilización marciana. Cuando le saqué de su error, el rostro del actual director de *Año Cero* demudó. Me gustaría que Ribera hubiera hecho lo mismo que Clarke con su artículo titulado *El misterio de Marte*; pero me temo que no es así. **é**

NOTAS:

1. Ribera, Antonio [2001]: “El misterio de Marte”. *Karma*.⁷ (Barcelona), N° 325 (marzo), 90.